

pretendido arzobispo de Utrecht, desde 1797, el cabildo eligió para su reemplazo, á 10 de febrero de 1814, á Willibrod, Van Os, el cual se hizo consagrar, á 24 de abril inmediato por Gisbert de Jong, obispo de Deventer, elegido y escomulgado en 1805, escribiendo en seguida al Papa, y protestando su respeto en el mismo acto que estaba atestiguando su inobediencia. Declaraba el Papa nula su eleccion y su consagracion sacrilega; y descargaba sus censuras contra él, Gilbert de Jong y todos los que hubiesen tomado parte en la eleccion, y exhortaba por fin á los católicos holandeses á que abandonasen á sus pastores y permaneciesen fieles á la santa Sede. Estos hijos dóciles de la Iglesia no desoyeron la voz del vicario de Jesucristo; participando poquísimos de entre ellos de aquel cisma. Aunque la antigua diócesis de Utrecht está vastísima, estendiéndose mas allá del Rhin hasta la Gueldre y el ducado de Cleves, solo reconocieron al arzobispo de Utrecht unos veinte y cuatro curatos ó estaciones, y unos dos mil quinientos veinte personas de toda edad. Su primer sufragáneo, el obispo de Haarlem, el cual era al mismo tiempo su cura; tenia tambien veinte y cuatro curatos y dos mil cuatrocientos treinta y ocho adherentes. En cuanto al obispo de Deventer, no tenia en su pretendida diócesis ni sacerdote, ni lego de su partido, y residia en Rotterdam como cura. Por lo tanto esta grande Iglesia que pretendia rivalizar hasta con Roma, contaba en 1807 treinta y siete eclesiásti-

cos, comprendiendo en este número tres obispos y algo menos de cinco mil legos. Cuando Bonaparte encargó el mando de la Holanda á uno de sus hermanos, este partido ensayó vanamente grangearse su proteccion. El nuevo rey, quien por otra parte permaneció poco tiempo en tal destino, favoreció á los católicos, estableció una capilla en su palacio, y escogió para limosnero al S. Van Velde de Melroi, antiguo obispo de Ruremonde, el cual habia conservado su jurisdiccion sobre muchas partes del territorio holandés. Las misiones de Holanda tenian entonces por superior al prelado Ciambertani, residente en Munster.

## 1815.

— El 21 de enero, servicio expiatorio en San Dionisio y en toda la Francia para el rey Luis XVI. Veinte y dos años habia que se habia cometido un grande crimen, y desde el momento de su perpetracion parecia que estaba gravitando sobre todas las cabezas. El gefe de la grande familia habia sido inmolado, y todo el Estado parecia haber recibido el golpe que habia estallado contra su garganta. Afortunadamente el suplicio de un rey es uno de los atentados mas raros en los anales de la historia; mas estos atentados arrastran siempre en pos de sí



las mas terribles consecuencias. Harto lo hemos experimentado nosotros mismos : entregados á un espíritu de vértigo, perseguidos en cierto modo de la maldicion del cielo, nos habiamos hecho pedazos con nuestras propias manos, y la sangre de los inocentes recaía sobre nuestras cabezas. Mucho importaba borrar este paricidio con solemnes expiaciones y ofrecer una reparacion brillante á la memoria del mejor de los príncipes. Desde los primeros dias de su entrada en París, Luis XVIII habia asistido á un servicio hecho en Nuestra Señora, para su desdichado hermano y demas víctimas de la revolucion. Celebráronse igualmente servicios en muchas ciudades; mas pronto se juzgó que semejante atentado estaba pidiendo una expiacion mas general, y que la época del 21 de enero, debia ser tambien la época de las súplicas universales. En otro tiempo habian brotado de diferentes puntos de la Francia, culpables adhesiones al crimen de algunos furiosos; muy justo era tambien que entonces se aplicase todo el reino entero á aplacar la cólera divina y á lavar una mancha tan afrentosa. Habíanse sepultado los restos de Luis XVI y de la reina, en el antiguo cementerio de la parroquia de la Magdalena, y un particular, adicto á la memoria del rey, lo habia comprado con el tiempo, y habia hecho cercar y plantar el circuito. Mandóse escavar el terreno y se hallaron los esqueletos y algunos despojos, todo lo cual se juzgó haber pertenecido á los dos esposos desdichados.

Recogiéronse cuidadosamente estos preciosos restos; los depositaron en nuevos ataúdes, y los condujeron pomposamente á San Dionisio para encerrarlos en la sepultura de nuestros reyes. Numeroso acompañamiento precedia el carro fúnebre, asistiendo á esta patética pompa los príncipes, la casa del rey, las grandes corporaciones del Estado y todas las autoridades de la capital. Celebróse en la antigua abadía de San Dionisio un servicio solemne, durante el cual el S. de Bologne, obispo de Troyes, pronunció la oracion fúnebre del rey. Bajaron en seguida los ataúdes en las tumbas, donde hallaron á lo menos las cenizas de las augustas víctimas un asilo consagrado por la religion, pudiendo la piedad y el dolor ir á orar sobre estas losas reales. Celebráronse al mismo dia, análogos servicios en todas las Iglesias de la capital, en todas las ciudades del reino, y hasta en las aldeas, acudiendo los fieles en gran concurso á estas tristes ceremonias, para mezclar sus plegarias con las de la Iglesia, y reconciliar con nosotros por medio de estas expiaciones nacionales, el cielo, las sombras ilustres, la Europa y la posteridad. Por último en la legislatura del fin de este año, atestiguaron las cámaras en sus solemnes deliberaciones el horror que les inspiraba el atentado del 21 de enero, y decretaron el luto general y un servicio anual para este dia, como igualmente la ereccion de una estatua en honor de Luis XVI.

— El 20 de marzo, Luis XVIII deja la capital y



se retira en los Países-bajos. Aun, no habia trascurrido un año desde la entrada de este príncipe en Francia, cuando se vió precisado á salir de ella precipitadamente. ¿De donde procedia esta inesperada mudanza? De la vuelta del odioso usurpador, del cual debia haberse librado la Francia para siempre. Bonaparte no habia permanecido ocioso en su destierro, la isla de Elba; y todavía lo habian estado menos los partidarios que le habian quedado en Francia. Nada convenia á esos agentes del despotismo el gobierno de un Borbon. Habia sobre todo infinitas clases de hombres á quienes humillaba y daba mal de ojo la vuelta de esta augusta familia, tales eran todos los que habian desempeñado un papel mas ó menos grande en la revolucion, en cuyo sostense interesaban; aquellos, que habiendo cooperado á la destruccion de la monarquía, no podian verla sin despecho brotar de sus ruinas; aquellos que se hallaban demasiado empapados de iniquidades para creer que se los pudiese perdonar; aquellos, en fin, que se habian enriquecido, salidos de la nada, durante la usurpacion, y que estaban temiendo la pérdida de sus empleos y fortuna. Todos estos se coligaron para fomentar nuevos trastornos, hicieron circular los rumores mas absurdos; se fingieron que el monarca trataba de restablecer los abusos del antiguo régimen, de decretar pesquisas contra todos los autores de los delitos cometidos durante la revolucion, de usurpar á la nacion su independenciam y

su libertad; y todo esto apuradamente en una época en que el gobierno paternal de Luis XVIII formaba el mas sorprendente contraste con los regimenes violentos y arbitrarios que se habian sucedido. De esta manera se engañó á un populacho ignorante y crédulo, y hubo de formarse una conjuracion que nos iba á sumergir de nuevo en el abismo de las revoluciones, unos querian otra vez la república, otros á Bonaparte, y otros en fin pedian por rey á su hijo. Aprovechándose de estas disposiciones el hombre enemigo se escapó de la isla de Elba y desembarcó á 1º de marzo en la Provenza con un puñado de soldados. Esta empresa temeraria que debia de haber acelerado su pérdida, le salió bien, gracias á la traicion de algunos gefes y á la defeccion del ejército. Por una ceguera inconcebible, hombres que habian tocado de cerca su ambicion y sus furores, y que sabian cuantos millares de víctimas habian costado á la humanidad, se apresuraron á colocarse debajo de sus banderas; y el rey á quien solicitaba la mayoría de la nacion, se vió obligado á ceder á un puñado de facciosos. Avanzóse Bonaparte hácia París, y el propio dia vió la capital consternada á su monarca legítimo huir y entrar al usurpador. Refugióse el primero en los Países-Bajos con sus fieles servidores, y el otro tomó de nuevo posesion de este palacio de nuestros reyes ya mancillado por tanto tiempo con su presencia. En seguida publicó un decreto desterrando á los emigrados y eclesiásticos que habian entrado





en Francia el año anterior, y los obispos que habian llegado de Inglaterra, se vieron precisados á volverse á su destierro. Nadie debia esperarse peores tratos que el clero. Cuanto mas regocijo habia mostrado á la vuelta del rey la porcion mas numerosa y mas sana, tanto mas debia ser sospechosa á los ojos del déspota. Así es que, entre los alaridos de alegría de sus satelites se percibian las mas groseras injurias contra los ministros del altar; insultóse en muchos parages á los curas, los denunciaban, los afligian, los encarcelaban y obligaban á ocultarse. En la misma capital hubo algunos que recibieron la orden de salir de sus parroquias. Lisongeábanse los fautores de la impiedad que los ministros de la religion volverian á caer en sus garras, y efectivamente hubo un momento de crisis, en el cual, á no ocupar al usurpador otros cuidados, hubiese dado la señal de la persecucion; y es de temer que no le hubiesen faltado cómplices y ministros de sus venganzas. La denegacion de que dieron ejemplo muchos sacerdotes sobre prestarle juramento, y recitar plegarias en su favor, le hubiese parecido suficiente pretexto para justificar nuevos rigores; mas no llegó á este extremo, y despues de haber pedido en algunos parages el juramento á los eclesiásticos, se acabó con no pensar mas en tal medida. La mayor parte de obispos guardaron un profundo silencio y aguardaron el fin de la borrasca. El de Soissons, se retiró en Inglaterra, despues de haberse negado á prestar el

juramento: algunos se declararon denodadamente contra el usurpador, en tanto que los que habian pertenecido á la iglesia constitucional se esplicaron de una manera diferente; así es que el arzobispo de Besançon, y los obispos de Valencia, de Dijon y de Angulema, publicaron cartas de oficio, presentando la revolucion del 20 de marzo, como un favor insigne de la Providencia. Sin embargo llamado Bonaparte por los jacobinos, se arrojó en sus brazos, halagó al pueblo, mendigó en las últimas clases socorros vergonzosos, y se preparó á sostener la guerra al precio de nuestra sangre, por cuanto inmediatamente de su regreso manifestaron las potencias aliadas la intencion de no dejarle gozar por mas tiempo del gobierno de la Francia. Harto habian conocido su ambicion para permitirle que se fortificase, y anunciaron altamente que solo declaraban la guerra á Napoleon. Por lo mismo otra vez se iba á empeñar por ese hombre toda la Francia en una lucha desastrosa, desigual, cuyos resultados no podian ser equívocos. Vanamente se esforzó en interesar á la nacion en su disputa: una guerra pasagera era un azote menos terrible que un despotismo duradero; vanamente convocó á todos los diputados de las provincias y proclamó una nueva constitucion. Su campo de mayo, no pareció sino una mascarada política, donde se burló igualmente de la religion, de la nacion y de sus juramentos; y sus dos cámaras, á cuya formacion dejó de tomar parte la mayoría de electores en las



provincias, compuestas por lo mismo de revolucionarios fogosos y de convencionales ajados, acabaron de desacreditar su causa. El 12 de junio, partió á reunirse con su ejército y el 18 sufrió, no lejos de Waterloo, la derrota mas completa y humillante. Vinose á París con la mayor diligencia á ocultar su oprobio y mendigar tal vez nuevos recursos; mas ya se habia disipado la fascinacion, ya habia pasado el tiempo en que todo el mundo temblaba á la presencia de ese déspota arrogante. Las mismas cámaras que él habia creado, le pidieron su abdicacion, la cual dió sin la menor resistencia; y libres de su tiranía vimos despuntar ya los amagos de otra. Persistieron las cámaras en querer defender una causa desesperada, los republicanos que pertenecian á ella se lisonjearon de que harian revivir los bellos dias de 1793, y acaso se hubiesen portado de suerte que el pueblo hubiese echado menos la Convencion. Mas ya estaban á las puertas de la capital los ejércitos aliados y resonaba el cañon en el contorno de sus muros. Acaso la hubiese aniquilado un largo sitio; mas los generales estipularon, á 3 de julio, un tratado en virtud del cual las tropas francesas se retirarian al mediodia del Loire, y ocuparian los aliados la capital. Durante estas circunstancias seguian las cámaras en sus insolentes deliberaciones; y hallándose á pique de verse arrojadas vergonzosamente, discutian todavía una constitucion, acaloraban al pueblo con sus proclamas, echaban invectivas contra los Borbo-

nes, y luchando con ridícula terquedad contra los ejércitos extranjeros y contra el voto de la mayoría nacional proclamaron alternativamente á un niño y el pueblo soberano, no buscando sino una fantasma á cuya sombra pudiesen gobernar. Mas el 7 de julio, se cerraron esos talleres de la revuelta y del jacobinismo, y el dia siguiente entró de nuevo en la capital el rey.

— El 3 de abril llega Pio VII á Génova. La entrada del soberano Pontífice en Roma, acaecida el año anterior, no habia estado exenta de amargura; pues no habia podido recobrar todos sus Estados. La vecindad de Murat era, por otra parte, un motivo de continuas agitaciones; por cuanto este soldado ambicioso no se contentaba con haber usurpado el reino de Nápoles, si no que deseaba estender su poderío en las comarcas de Italia. Ya habia retenido Ancona y las Marchas; enviaba emisarios á Roma, alimentaba disturbios en esta capital, y conservaba inteligencias con Bonaparte. Alternativamente traidor á su protector y sus aliados, apenas supo la evasion del primero envióle un espreso asegurándole su apoyo, al propio tiempo que aseguraba al ministro de Austria que permaneceria fiel á sus empeños con esta potencia. Cuando supo que Bonaparte habia llegado á Leon, se quitó la máscara, publicó proclamas, y puso á sus gentes en campaña. Pidió al Papa el paso de dos divisiones suyas al traves del territorio romano, con la condicion de no entrar en la capi-



tal, lo qual le rehusó el Papa sin que por eso se dejase de realizar á 22 de marzo. El mismo dia salió de Roma el Papa; no habia creído poder permanecer en una ciudad que iban á circuir las tropas napolitanas, cuya presa podia ser al momento en que estos lo hubiesen resuelto así. Estableció una junta de Estado presidida por el cardenal Somaglia, para gobernar en su ausencia; y despues de haberlo participado á los cardenales de cuya fidelidad estaba seguro, tomó el camino de Florencia, seguido de quince cardenales, y de los embajadores de Austria, de Francia y de España. De consiguiente, otra vez tenian que echar á correr á la presencia de los usurpadores, Pio VII y Luis XVIII. Este nuevo contratiempo fué mucho mas sensible á la piedad del Papa, por quanto le fué forzoso viajar durante las solemnidades de la semana santa. Habia salido de Roma el miércoles santo y llegó el sábado á Florencia, cuyo gran duque se hallaba igualmente en fuertísimas zozobras; porque Murat no disimulaba nada sus designios, y se hacia preceder de proclamas, por medio de las cuales se anunciaba como el restaurador de la independencia de Italia. Iba llamando á las armas á todos los partidarios de las revoluciones, á todos los de Bonaparte, á los soldados acostumbrados al saqueo, y á todos los que solo iban á ganar en el desorden y en la guerra. El 4 de abril se hallaba en Modena, avanzó hácia el Po, y en pocos dias ocupó todo el medio dia de la Italia hasta este rio.

El duque de Modena y el gran duque de Toscana dejaron su capital, y el Pontífice, despues de haber pasado los dias de Pascua en Florencia, se puso en camino otra vez al 28. Dícese que vaciló sobre si se iria á Milan, donde se le habia ya preparado el palacio arzobispal. Mas despues de haber atravesado Parma y Placencia tomó el camino de Génova, á donde llegó el 3 de abril, tributándole sus habitantes los mas distinguidos honores. Los progresos de Murat, quien llegó hasta los muros de Placencia, hicieron pensar al Pontífice en trasladarse á Suiza, cuando bien pronto vinieron las circunstancias á mudar de aspecto. Habiéndose Murat adelantado atolondradamente se halló sin los socorros que se habia prometido; pusiéronse las tropas austriacas en movimiento de todos lados, contuvieron á los descontentos y precisaron á Murat á retirarse: derrotáronle el 2 y el 3 de mayo, cerca de Tolentino, y huyendo precipitadamente hácia Ancona, vió deshacerse la totalidad de su ejército, y llegó casi solo á Nápoles: harto afortunado fué en poderse embarcar y pasar secretamente á Francia, de la cual era todavía dueño Napoleon. Rindióse á 12 de mayo Nápoles á los Ingleses, y Fernando IV entró en la posesion de su reino, reconocido de todo el mundo. Regresaron tambien á sus Estados los demas príncipes de Italia, cuya tranquilidad aseguró aquella tormenta pasagera, puesto que acarreó la caída de un aventurero ambicioso. Especial fué la parte que tomó